

de aquellas pastorales, dando la preferencia á la del malogrado obispo de Barcelona, Sr. Montserrat y Navarro.

Hé aquí dicho documento :

Después de insertar la Encíclica y el *Syllabus*, el venerable prelado habla de la siguiente manera :

«Ved, amados diocesanos, la decision y oportunidad con que nos instruye á todos el Maestro universal.

«La anarquía de ideas, la diversidad de sistemas abortadas por las escuelas llamadas filosóficas, tenían confusamente divididos los ánimos acerca de su certeza y bondad. Las apreciaciones se fundaban en el mayor ó menor número que las sostenian, en la acogida que les daba la opinion expresada por su órgano natural, la prensa, segun la idea á que se la quiere hacer servir, oscureciendo todos la verdad. Este estado de cosas parece que venia invitando al Vicario de JESUCRISTO, como invitaban en otro tiempo á este los Apóstoles, para que decidiese sobre estas cuestiones palpitantes ó de actualidad. En el momento, pues, que ha pronunciado sobre ellas, el hombre por sábio, por prudente, por libre que sea en su juicio, desaparece por hacer lugar á la sublime personificación de un poder sobrehumano que es á la vez el refugio, la garantía, el fundamento del orden social no menos que de la Iglesia. Por esto san Bernardo escribiendo al papa Eugenio III le decia: «Á vos toca preservar y proteger á la Esposa de las palabras de labios impuros y de las lenguas perversas: á vos, Pastor supremo, cuyo trono ha establecido el mismo JESUCRISTO sobre la montaña sagrada, sobre la tierra santa hollada por los «piés del Príncipe de los Apóstoles, de quien la Iglesia espera con todo el ardor de su alma que arranque de su seno toda planta que no esté plantada por «el Padre (1).»

«Pío IX como sucesor de san Pedro, ha llenado ésta sublime mision; ha venido á derramar la luz en medio del caos de las opiniones, á establecer la paz entre los contendores de la lucha: esa paz que ofrece al mundo por esas palabras *salud y bendicion*. Con esta salutacion se presenta á los pastores y á las ovejas, á los príncipes y á los pueblos, á los propios y á los extraños, al universo todo, porque él no puede menos de dar al mundo esa paz que JESUCRISTO, de quien es vicario, trajo á los moradores de esta tierra sin excepcion; y ella nunca se afirma mas sólidamente que cuando la potestad espiritual, á cuyo cargo está la doctrina de la verdad, corrobora las bases sobre las cuales estriba al edificio social, el orden legal, la subordinacion á la autoridad; reprobando todo aquello que tiende á combatirla y sacarla de los quicios en que la coloca la Religion de JESUCRISTO, dejando á las sociedades políticas en una situacion precaria y á merced de unos principios siempre fluctuantes. La Iglesia, pues, que es la tutora de los rectos y seguros principios por los cuales se mantiene la vida de las sociedades, se respeta la dignidad real y florecen los Gobiernos, ha salido siempre y sale á su defensa, levanta la voz por medio de su Jefe, y escuchada y acogida por los pueblos, hallan en ella su salvacion. Por esto, léjos de dar motivo á recelo alguno con tal conducta, sirve para estrechar mas la armonía entre ambas potestades, que embellece el edificio social y que Dios ha establecido en beneficio de la humanidad. En un reino esencialmente católico como España, donde la unidad de creencias y de culto es una garantía singular de la dichosa concordia que ha reinado y reina fe-

(1) Expos. t. 233. ad Eugen. P.

lizmente entre la Iglesia y el Estado, no puede abrigarse la mas lijera sospecha de alteracion, y menos de turbacion; porque en los pueblos y naciones católicas los dos poderes forman un solo y mismo estado en el que no hay cualidad de miras y fines, sino que se extienda y perpetúe el reinado de JESUCRISTO. La suerte de ambos es solidaria del uno al otro. Cualquiera ataque, cualquiera falta de respeto, de buena inteligencia respecto á la Iglesia ó su cabeza, afecta al mismo tiempo al Estado y á su Jefe.

«Por ello al cumplir con el grato deber de comunicar á nuestros amados diocesanos la memorable Encíclica del 8 de diciembre último y errores que la misma proscriba creemos interpretar en esta conducta no solo la intencion de nuestro Santísimo Padre, sí que tambien los sentimientos de nuestra piadosa Reina que nada desea mas que conservar pura en sus Estados la doctrina de la Religion de sus augustos progenitores, y que cifra su gloria no tanto en su poderío, cuanto en que corra por sus venas la sangre de los Recaredos, Alfonsos, Fernandos é Isabeles: que se complace en recibir los testimonios de amor paternal y las bendiciones que derrama sobre su Real persona y familia, sobre la familia española el que es su mas cariñoso Padre en JESUCRISTO. Teniendo además como monumento de régia piedad y justicia ese solemne pacto en que á los Prelados de la Iglesia se nos ofrece toda la proteccion y libertad, para ejercer como ministros de la Religion católica, apostólica, romana, todos los derechos y prerrogativas de que debe gozar segun la ley de Dios y los sagrados cánones; cualquiera inaccion por nuestra parte en orden á lo que estos nos prescriben seria en menoscabo de aquellos derechos, y arrojaría una desconfianza que no tenemos sobre el Gobierno de S. M. Este como celador de la ley no podrá menos de ver en nuestro modo de obrar un perfecto acuerdo con sus disposiciones, y una consecuencia de lo que en casos semejantes ha practicado el Episcopado español, difundiendo al pueblo que le está confiado las decisiones doctrinales que como rayos emanan del centro de luz colocado sobre la cátedra de Pedro para alumbrar su fe á fin de salvarla de los lazos que le arma el error, y oponerse á él porque no parezca que se aprueba, segun la conocida sentencia de san Agustin, *error cui non resistitur, approbatur* (1).

«Finalmente, amados hermanos, nosotros no corresponderíamos á la union que por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica conservamos con la misma, si nos limitásemos á una conformidad y adhesion á su doctrina como persona privada. Nos, como miembro de la Iglesia docente, debemos enseñar lo que su cabeza enseña. Colocados sobre esta cátedra particular que ocupó san Paciano, estamos obligados á imitar su ejemplo, reprobando lo que la cátedra universal reprueba, y condenar con la misma todo cuanto tiende á subvertir la unidad que toma principio de ella, que puede separar de las sendas de la verdad al pueblo que se nos ha confiado, seguidas hoy fielmente, guiado por la voz de sus pastores. Á este fin hemos dispuesto que se publique en el *Boletín oficial* del obispado el texto doble de la Encíclica que hemos recibido de Su Santidad, juntamente con el *Syllabus* que la acompaña, el cual contiene en abstracto las proposiciones condenadas en aquella y en otras Letras apostólicas, de las cuales algunas se han publicado por los prelados españoles como documentos doctrinales desde el momento que hemos tenido conocimiento de su autenticidad. Y no pudiendo dudar de la que nos ocupa, espe-

(1) Ad. Bonif. 14, cap. ult.

ramos que todos nuestros diocesanos sabrán apreciar el valor que encierran sus decisiones, y la caridad que revelan las palabras del Pastor supremo, mostrando los pastos venenosos y las aguas mortíferas que debe huir el rebaño de JESUCRISTO á él encomendado.

«Á su tiempo y con la anticipacion debida diremos lo que convenga respecto al jubileo que en la preinserta encíclica se concede. Entre tanto unidos con nuestro amado clero y fieles recibamos la bendicion apostólica que nos envia el Vicario de JESUCRISTO en la tierra.»

Esta pastoral fue publicada con fecha 22 de enero de 1865.

En el mismo sentido y casi con idénticas frases se expresaron todos los demás prelados españoles. No dejaremos de dedicar algunas líneas á la enérgica pastoral del célebre obispo de Tarazona, Ilmo. Sr. Dr. Cosme Marrodan, que en aquel documento reveló su grandeza de alma y valor apostólico. Este prelado ha tenido y continúa teniendo la alta honra de ser para los impíos el mas odiado de los prelados españoles, porque sus sábios y profundos argumentos se resisten á toda clase de objeciones y réplicas. ¿Había de callar cuando todos sus compañeros en el Episcopado hablaban? Y de hablar, ¿no había de hacerlo con su acostumbrada energía?

Daremos siquiera sea una brevísimá reseña de su profundo razonamiento. Al hablar á sus diocesanos en la encíclica con el respeto debido á todo cuanto emana de la cátedra de san Pedro, dice: «Tan interesante, tan fecundo, tan excelso y divino es el espíritu que encarna, como que ha sido inspirado por el celo de la honra de Dios y del bien de las almas, convidándolas con amorosa bondad á la retractacion del error, y avisando á las embellecidas con la pureza del candor que no caigan en él, por ser enemigo de la fe, de la verdad y del Catolicismo; como que ha sido inspirado por justicia y probada fidelidad en que se abrasa el Sumo Pontífice, y que no se eclipsarán por el torbellino de las amenazas ni los oscurecerán los cuatro vientos de la arrogancia, de la insolencia, de la soberbia y de la contumacia, que están conmoviendo violentamente al universo y son los martillos con que los impíos quieren pulverizar la ley, el derecho, el santuario, el culto, la Religion, el Catolicismo y á JESUCRISTO, Dios y hombre verdadero, como que ha sido inspirado por el cielo y contra el cielo, ¿quién puede? Sabemos que la tierra y el infierno son impotentes, son nulos, son nada.»

Los puntos que desarrolla el venerable Prelado en tan luminoso escrito, son los siguientes:

- 1.º Gritería contra la Encíclica.
- 2.º Se grita contra la Encíclica por no conocerla.
- 3.º Por odio.
- 4.º Por lucir el ingenio.
- 5.º Por adquirir aura popular.
- 6.º Contra la rebelde y desleal gritería están la obediencia y la adhesion á la Encíclica.

El sábio Prelado continúa explicando cada uno de los puntos que ha señalado con una maestría y copia de razones, con tantas incontestables autoridades que el hombre mas hostil á la Santa Sede no puede, por talento que tenga, oponer otra cosa que miserables sofismas. No nos admira que la voz augusta de Pio IX fuese despreciada por los francmasones, libre pensadores, sostenedores de las modernas doctrinas. ¿Cómo nos ha de admirar? Los hombres so-

berbios y presuntuosos que quieren santificar como dogmas sociales las proposiciones condenadas en el *Syllabus* ¿cómo no habian de alzar la voz tanto cuanto les fuera posible para gritar contra el que, en virtud de su autoridad suprema, condenaba sus perniciosas enseñanzas? Estos hombres que han logrado ocupar los mas altos puestos en los Estados, y dirigen la marcha de las modernas sociedades, ¿cómo no se habian de irritar y manifestar su odio contra el Pontífice romano, que con voz fuerte y majestuosa da el alerta á todos los miembros de la gran familia de JESUCRISTO, á todas las ovejas del redil del Catolicismo rodeadas y amenazadas por los feroces lobos de la impiedad y del filosofismo? Lo mas extraño es que hombres que se decian católicos hicieran los mayores esfuerzos por impedir que el Gobierno permitiese á los prelados publicasen en sus diócesis respectivas aquellos magníficos documentos, encaminados á sustentar la justicia, á proclamar la verdad, á desenmascarar los errores y á aclarar todas las dudas. ¡Oh! si príncipes y Gobiernos hubiesen prestado atento oído á las voces de Pio IX, si hubiesen condenado lo que él condenaba; si como el augusto Pontífice hubiesen previsto á dónde nos conducian las impías doctrinas del filosofismo, es muy probable que á la hora en que estas líneas escribimos no comiesen el pan amargo de la emigracion algunos monarcas; ni se hubiesen verificado las grandes revoluciones sociales que hemos presenciado, ni un Gobierno usurpador hubiese sentado sus reales en el Quirinal. Esto no lo comprende únicamente el que no conoce ó no está en estado de conocer la doctrina de la Encíclica. Por esto el ilustrado Prelado de Tarragona exclamaba:

«No hay medio; el que no conoce la doctrina absolutamente religiosa de la Encíclica y no está penetrado del elevado y religioso espíritu que la preside, no es fácil que grite contra ella, sino porque el clarín de la fama ha sonado en sus oídos y dejándose oír dentro de su casa ó en otro lugar de eterna conspiracion. Así que no cause extrañeza que sean tantos los enemigos de la Encíclica, cuantos fueron los oyentes, teniendo derecho para decirles lo que Séneca dijo de los esclavos: *Quot servi tot hostes*. Es indudable que la fama, amados hermanos, es el mayor de los males, por ser el mal mas veloz y mas repentino, como lo asegura Virgilio. (IV Eneida): *Fama malum quo non aliud velocius ullum*: Y porque nunca habla en lenguaje de la verdad sin desfigurar, adulterar ó truncar, ó sea añadiendo, ó mudando, ó quitando. Su condicion es mentir, su vida no probar nada; porque si probase sus asertos, perderia enteramente su modo de ser, y si diera á ver lo que cuenta y refiere, tendria que renunciar á su oficio de mentir y á su ministerio de engañar. Por eso la llama Ovidio: *Mensuraque ficti crescit, et auditis aliquid novus adjicit auctor*.

«Por este juicio fundado que se tiene de la fama, os exhortamos, amados hermanos, á que no deis ningun crédito á cuanto dice sobre la Encíclica, porque el discreto no crea lo incierto y dudoso, y únicamente pueden creerlo el imprudente, el inconsiderado, el vacilante, el impío y los enemigos de la Santa Sede, que es maestra de la vida, prenda de la verdad, garantía del Catolicismo, y oráculo que reyes, Gobiernos y pueblos, todos sin excepcion, tienen el sagrado y altísimo deber de respetar, venerar y amar. Y ¡ay de los que no le amen, veneren y respeten! ¡Ay de los que prohiban que se oiga á ese oráculo sobre todos los oráculos de la tierra que habla en la Encíclica!

«Si no se conoce la Encíclica, debe recibirse por todos con humildad, con

veneracion y perfecta obediencia, siquiera por su importancia y por el interés religioso y social que resulta, y no queriendo reconocerla, se revela expresamente la gana de aborrecer, la de excusar el odio con la ignorancia, la de confesar la maldad que se encierra en lo íntimo del corazón contra lo decretado en la Encíclica por el Sumo Pontífice. Pues conociéndola, era preciso ser muy depravado y estar juramentado, para no desestimar el dicho de la fama y escuchar con fe todo el contexto de la Encíclica; porque el conocimiento induce y lleva al amor, como la ignorancia lleva y conduce al aborrecimiento.»

Vemos en el seno del Catolicismo hombres que haciendo traicion á sus principios, se pasan con armas y bagajes al campo enemigo, es decir, á los disidentes para hacer la guerra al Catolicismo, convirtiéndose en parricidas; y estos manifiestan un odio implacable hácia la Santa Sede. Al oír, pues, la gritería que se armó contra la Encíclica, al leer los violentos artículos de una parte de la prensa atacando á la Santa Sede y á los prelados, no podíamos menos de preguntarnos: ¿vivimos en un país católico? Si es así ¿por qué tanta contradicción contra el que es Jefe supremo de nuestra Iglesia? ¿No estamos obligados á escuchar su voz y obedecer sus mandatos? ¿Qué diferencia hubo entre los ataques á la Encíclica dados en España, Francia é Italia, que los de los países protestantes? No se pregunta la causa de los grandes males que afligen hoy á la raza latina. El pueblo parricida no puede disfrutar paz ni sosiego. La impiedad profundamente arraigada en los corazones produjo la gritería contra el documento pontificio, como demuestra magistralmente el prelado. Véase si hay objecion posible á este razonamiento:

«No hay escape, dice, ni puede traerse ningun supterfugio en este dilema. Si es por el nombre, dinos por tu vida cualquiera que seas, ¿qué delitos ha cometido el nombre? Ya dijo Atenágoras (*in Apol.*) que el nombre no es bueno ni malo en sí, sino por su significacion y por sus actos. *Nullum nomen, neque ex ipso, neque per ipsum, bonum aut malum judicatur, sed propter subjectas sibi bonas aut malas actiones.* Y san Justino mártir (*Apol. II*): *Ex nomine ipso, neque laus cuiquam pœna meretur.* ¡Qué testimonios tan preciosos para los que tienen frecuentemente en su boca y pluma la palabra neos con el objeto de zaherirlos!

«Si el odio á la Encíclica es por la doctrina, ¿quién es el hombre para juzgar al Papa? ¿Quién para reprobár lo que el Vicario de JESUCRISTO aprueba? ¿Quién para mermar la potestad que Dios dió á san Pedro y en su nombre á todos los sucesores? ¿Se ha hecho por ventura, el Hombre-Dios, como algunos emperadores romanos y otros particulares? ¿Intenta el hombre hecho Dios en la fragua del panteísmo recoger las licencias al Pontífice y retirarle su confianza? ¿No condena el hombre en su casa el error grave y trascendental, y aun el leve, que cometen la mujer, los hijos ó los criados? Entonces no profese el hombre odio á la doctrina de la Encíclica, no aborrezca al Papa que le imita; pues aborreciéndole se aborrece, culpándole se culpa, condenándole se condena y usurpándole la autoridad se la usurparán la mujer, los hijos y los criados; porque el que á cuchillo mata, á cuchillo muere. También los partidos excomulgan políticamente á los afiliados que en un rato de juicio rechazan algunas disposiciones que pugnan con la razon y el sentido comun; también los condenan con la pena de expulsion, con la gran diferencia de que los partidos toman esas medidas por orgullo, y el Papa por

caridad, y con el fin de que se convierta el impío y viva una vida nueva y ajustada á las reglas del Evangelio.»

Otra verdad no menos patente prueba á continuacion el prelado, á saber: *Se grita contra la Encíclica por lucir el ingenio.*

El empeño de lucir el ingenio, ó lo que es lo mismo de adquirir aura popular, no es en verdad cosa peculiar á los tiempos que alcanzamos: siempre ha existido el amor propio en los hombres, y cuando han descubierto que poseian algunas dotes naturales las han puesto en juego para alcanzar por este medio el aprecio de las gentes y los aplausos de la multitud. La elocuencia ha perdido á muchos que buscando campo mas oportuno para lucirla, la han empleado en combatir las verdades que han sido mas respetadas y que tenían mas profundas raíces en los corazones. Un ejemplo de esto tenemos en Nestorio, ese blasfemo que horrorizó al mundo y al que su soberbia y deseo de aura popular precipitó desde la altura de su elocuencia al abismo de la herejía.

Desde que apareció la Encíclica, creyeron muchos hombres que habia llegado la ocasion oportuna de lucir el ingenio, gritando contra el documento pontificio, calificándolo de insensatez por creerlo contrario á la majestuosa marcha de la civilizacion moderna. Nunca puede lucirse mejor el ingenio que empleándolo en la defensa de la verdad y de la justicia: cuando se emplea en querer formar de aquellos principios el escabel que sostenga la mentira y el error, el hombre podrá cuando mas obtener los aplausos de los ignorantes, y de aquellos que no reconocen otro Dios que su menguada razon, ni otra religion que las veleidades de su corazón. Por esto dice el autor de la pastoral, «que no es camino á propósito para lucir el ingenio gritar contra la Encíclica, «presentarla ante el público como un disparate de proporciones gigantescas «y calificarlas de la mayor insensatez.»

Aun mas contundentes son los siguientes párrafos sobre los cuales llamamos especialmente la atencion de los lectores:

«No es torpeza tropezar cuando no hay luz, ni culpa vergonzosa perder el tino en medio de las tinieblas, ni afrenta el caer en las altas horas de la noche; pero es muy afrentoso, muy culpable y torpe, que el hombre de ingenio caiga, se pierda y tropiece, ocupándose de la Encíclica que, bajo cualquier punto de vista que se la mire, es un faro luminoso que á todos alumbrá, y un sol rutilante que todo lo fecunda, y un firmamento que todo lo alegra; de la Encíclica que es la historia que instruye, ley que enseña y correccion espiritual que castiga suavemente; de la Encíclica que es moralidad que forma, elocuencia que persuade, lógica que convence y caridad que exhorta; de la Encíclica que es voz dulce que convida, evangelio que reprueba lo perverso, y justicia que condena las ochenta proposiciones, despues de un estudio profundo, de un examen detenido y de larguísimo tiempo.

«La justicia de Pio IX, reasumida en su Encíclica sobre todas las encíclicas, alocuciones y letras apostólicas, con las que ha refutado los errores de nuestros días y hecho menudos pedazos los principios que descansan sobre el engaño, la falacia y la hipocresía, no reprueba, proscribire y condena al acaso y por lo que puede suceder, sino por lo que es, por lo que conoce y por lo que debe á Dios, á la Iglesia, á los católicos y á su conciencia: por lo que debe á la cátedra de san Pedro, en la que están abrazadas la paz y la

justicia, la verdad y la misericordia, la razón y la sabiduría, la prudencia y la fortaleza, todo cuanto vivifica al individuo, á la sociedad, al trono y á la monarquía.

«El incomparable Pro IX, prenda de la verdad y garantía del Catolicismo, piedra de la misma piedra, condena los errores, aunque algunos están confitados con el almíbar de la verdad y cubiertos otros con la gasa farisaica; porque merecian ser condenados por la falsedad de los principios en que escriban, por la maldad de los afectos que rebosan y por su oposicion manifiesta, ya al dogma, ya á la moral, ya á la disciplina eclesiástica, ya á la potestad de los reyes y sobre todo al primado de honor y de jurisdiccion de los romanos Pontífices. Y hace la condenacion con datos científicos, con causa á todas luces justísima y con legítima autoridad; la hace sin miedo, sin empacho, sin temor y sin cuidarse del porvenir, sabiendo Su Santidad que el temor, el empacho y el miedo son manchas que la impiedad escupe al rostro y marca las señales de la conciencia maligna y cargada de crímenes, sabiendo que la misma naturaleza colorea el pecado con vergüenza ó con miedo. Hable la historia de Cain y hable Pacato (*in paneg.*): *Habet oculos conscientia carnifices, qui magis turquentur vitalia, quam cruces.*»

«Cese ya de gritar el hombre, que ha gritado hasta el presente nada mas que por lucir su ingenio, abusando de la noble facultad que Dios le dió y negó á otros que la hubieran aprovechado mejor por gratitud y correspondencia, y convencido, retráctese y decida con espíritu imparcial, si la Encíclica puede ser mala y tan abominable como se la pinta con colores muy subidos; si puede ser digna de tan encarnizada gritería y de una crítica tan blasfema, cuando carece por completo de las propiedades naturales del mal, que son temor, tergiversacion, vergüenza, pena y lamento. *Latere criminosa conscientia est*, dice san Ambrosio. Y Prudencio: *Versuta fraus et callida amat tenebris obtegi.*»

Los párrafos que acabamos de transcribir son la mejor apología que puede hacerse de la Encíclica y del documento adjunto. Pro IX, que no se arredra por lo calamitoso de los tiempos; que fia el triunfo de la Iglesia en la proteccion de su Fundador divino; que no teme á los poderes de la tierra ni á las coaliciones de los impíos porque la causa que defiende es la causa de Dios, ha reasumido las anteriores condenaciones que habia hecho de los modernos errores, y como maestro del mundo y representante en la tierra de Aquel que es la verdad por esencia, ha dicho á los hombres: «Hé aquí los errores de que os habeis de librar, hé aquí las doctrinas que no debeis aceptar si no quereis dejar de participar de la herencia eterna.» Griten, pues, cuanto quieran los *reformadores* de la sociedad; pongan en tormento su ingenio los maestros del nuevo derecho, y pretendan en buen hora levantar palacios á la mentira y á la calumnia. No lograrán sofocar los sentimientos católicos, como no lo lograron los emperadores paganos, ni los cismas, ni las herejías, ni los flamantes filósofos del pasado siglo. Griten con rabia satánica contra el sucesor de Pedro: sus gritos se perderán en el espacio como se pierde el ruido de la tempestad ó el sonido de la campana. ¿Creeis por ventura, librespensadores, semi-sábios del siglo XIX, que podréis mas que Dios? Mucho habeis querido adelantar en vuestra carrera de perdicion; habeis atentado hasta á los derechos de la divinidad, pero se ha alzado bajo las augustas bóvedas del Vaticano la voz de un nuevo Miguel que ha hecho estremecer al mundo

al pronunciar estas palabras: *¿Quién como Dios?* En vano el ateismo ha venido á reforzar á los combatientes de Satanás proclamando la no existencia de Dios. La sociedad se ha reido al ver aparecer el ateismo como producto de las investigaciones de la ciencia moderna. ¡Oh, qué admirables son nuestros sábios! ¡Para qué se habian de entretener en combatir el Catolicismo? Mas cómodo era concluir con Dios, y lo han suprimido de una sola plumada. El ateismo no merece ni aun los honores de la refutacion; lo que únicamente merece es compasion. ¿Qué hemos de objetar á un médico que es ateo porque no ha encontrado el alma humana al manejar el visturí? ¿Qué dirémos á un naturalista que se halla muy satisfecho porque ha hecho el descubrimiento de que todo lo que sucede en el mundo responde á causas naturales? El que tratase de convencer á un demente seria sin duda mas demente que él. El ateismo es la demencia del siglo XIX. Esto no obstante, vamos á reproducir un texto admirable del gran naturalista Linneo, texto citado por el Ilmo. Dupanloup, en su folleto *El ateismo y el peligro social*. Es el siguiente:

«El Dios eterno, inmenso, que todo lo sabe y lo puede todo, ha pasado por delante de mí. No le he visto cara á cara, pero su reflejo ha llegado súbitamente hasta mi alma y la ha llenado de estupor y admiracion. He seguido su huella entre las cosas de la creacion, y en todas sus obras, hasta en las mas pequeñas, las mas imperceptibles ¡qué fuerza! ¡qué sabiduría! ¡qué indefinible perfeccion! He observado cómo se sobreponen los seres animados y se encadenan con el reino vegetal, y los mismos vegetales con los minerales que están en las entrañas del globo, en tanto que este globo gravita con orden invariable en torno del sol al cual debe la vida. Finalmente, he visto el sol y todos los demás astros, todo el sistema sideral, inmenso, incalculable en su inmensidad, moverse en el espacio, suspendidos en el vacío por un primer motor incomprensible, el Ser de los seres, la Causa de las causas, el Guia y Conservador del universo, el Maestro y el Obrero de toda la obra del mundo.

«Todas las cosas creadas llevan, pues, el testimonio de la sabiduría y del poder divino, al mismo tiempo que son el tesoro y el alimento de nuestra felicidad. La utilidad que tienen atestigua la bondad de Aquel que las hizo, y su belleza demuestra su sabiduría en tanto que su armonía, su conservacion, sus justas proporciones y su inagotable fecundidad pregonan el poder de ese gran Dios.

«¿Quereis llamar á esto Providencia? Es un efecto de su nombre, y únicamente su consejo explica el mundo. Es por lo tanto justo creer que es un Dios inmenso, eterno, que nadie ha engendrado, á quien nadie ha creado, sin el cual nada existe y que ha hecho y ordenado esa obra universal. No lo ven nuestros ojos que llena sin embargo con su luz; únicamente el pensamiento lo comprende, y en ese santuario profundo se oculta esta Majestad.»

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la reproduccion de esta bellísima página. ¿Qué podrán responder á estos conceptos los desdichados autores de esos escritos nauseabundos que de algun tiempo á esta parte corren entre nosotros, para persuadir al pueblo sencillo que no hay Dios, y por consiguiente que pueden entregarse sin responsabilidad á toda clase de excesos? Empero corramos un velo sobre tanta miseria y continuemos haciéndonos cargo de los sábios razonamientos del célebre Obispo de Tarazona sobre la Encíclica. Quiere demostrar que no solamente se grita contra la Encíclica